

Otramina

Viaje a tu cuerpo y otros versos de amor

Carlos Castro Saavedra

Selección de Darío Jaramillo Agudelo



Castro Saavedra, Carlos, 1924-1989

Viaje a tu cuerpo y otros versos de amor / Carlos Castro Saavedra. –
Medellín : Editorial EAFIT, 2024.

81 p. ; 19 cm. -- (Otramina).

ISBN: 978-958-720-909-9

ISBN: 978-958-720-910-5 (versión EPUB)

ISBN: 978-958-720-911-2 (versión PDF)

1. Castro Saavedra, Carlos, 1924-1989. 2. Poesía colombiana – Siglo XX.

3. Poesía amorosa colombiana – Siglo XX. I. Jaramillo Agudelo, Darío,
1947-, pról. II. Tit. III. Serie

C861 cd 23 ed.

C355

Universidad Eafit- Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Viaje a tu cuerpo y otros versos de amor

Colección Otramina

A cargo de Darío Jaramillo Agudelo

Primera edición: julio de 2024

© Herederos de Carlos Castro Saavedra

© Biblioteca Pública Piloto de Medellín

© Editorial EAFIT

Carrera 49 No. 7 sur - 50. Medellín, Antioquia

<http://www.eafit.edu.co/editorial>

Correo electrónico: obraseditorial@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-909-9

ISBN: 978-958-720-910-5 (versión EPUB)

ISBN: 978-958-720-911-2 (versión PDF)

Cotejo y corrección de textos: Carmaña Cadavid y Karyme Cardona

Diseño y diagramación: Ricardo Mira

Ilustración carátula: www.freepik.es

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad: Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158 emitida el 13 de febrero de 2018.

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial.

Editado en Medellín, Colombia

Contenido

Breve semblanza de un poeta que aun muerto sigue amando	7
Amor	13
Inés	15
Fecunda compañera.....	17
El primer beso	19
Tejedora	21
Vengo y voy a tu vientre	23
Soneto del amor elemental	25
Angustia	27
Ínsula	31
El buque de los enamorados	33

Domingo junto al mar	37
Vestida como el campo	39
Soneto	41
Viento rojo	43
Niña mudable	45
Merecemos el día	47
Petición	49
Petición	51
Otra petición	53
La soledad acompañada	55
Guárdame de los vientos	57
Surco y mujer	59
Catorce versos amorosos	61
De las tareas cotidianas	63
Pasado y presente	65
Viaje a tu cuerpo	67
Ausencia	69
Insistencia en la lucha	71
Hembra de tierra y tierra	73
Mujer sin nombre	75
Te quiero por sencilla	79

Breve semblanza de un poeta que aun muerto sigue amando

Carlos Castro Saavedra nació en Medellín hace exactamente un siglo, el 10 de agosto de 1924, y murió en la misma ciudad el 3 de abril de 1989. Durante los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado, siendo aún un poeta joven, su poesía recibió importantes reconocimientos. Gabriel García Márquez escribió por entonces: “Carlos Castro Saavedra es el más grande poeta de Colombia y puede caber cómodamente entre los buenos de América. Es un hombre discreto y cordial, de una inteligencia alegre y dinámica y con esa misma comprensión, ese mismo espesor de buena humanidad que se evidencian en sus poemas”; y Pablo Neruda señaló: “Gran ejemplo es el de este joven poeta que de pronto asume toda la voz de un pueblo y se dispone a erigir de nuevo la dignidad sin más armas que su poesía”.

La obra de Castro Saavedra comprende casi veinte libros de poemas en los que se distinguen a las claras dos temas principales. El primero, la poesía social, ya señalado por su maestro Neruda, dio pie a esta declaración del poeta: “Siento como propia la respiración de toda la familia humana, y no oculto mi solidaridad con el pueblo del mundo, y mi deseo de que la vida cambie, en manos del pueblo, justamente, y la Tierra se llene de música, de paz y de abundancia”.

El otro tema es el amor. Manuel Mejía Vallejo cuenta que “a los diecisiete años escribió de las cosas más bellas que se hayan escrito en lengua castellana sobre el amor. Nadie ha escrito sonetos como los suyos a la maternidad o al amor. Son de gran ternura. Se ve la inteligencia del poeta sin ostentarla”.

Quien mejor se refirió a la poesía amorosa de Castro Saavedra fue Alberto Aguirre: “Fue su mujer, aquí, en la tierra, en la casa y en la alcoba, y fue a la vez la mujer de sus sueños. Raro misterio, porque la mujer de los sueños es eso: ensoñada, apenas imaginada a través de brumas y, por lo mismo, inalcanzable. Inés Agudelo fue para

Carlos Castro Saavedra –para su vida y para su poesía– la mujer de su amor; la que encarnaba el amor, aquí, en la propia piel; la que daba y recibía el amor. Siempre, en todos los instantes de la vida. Y, es el misterio, teniéndola a su lado, sintiéndola en sus ojos y en sus poros, no dejaba de soñar con ella. Un amor tan total, que Carlos sentía a cada minuto el amor por Inés, y a cada minuto lo imaginaba, lo hacía sueño. Por eso, era doble amor y amor perpetuamente renovado. Dice en un poema que ‘partimos de aquel beso que estremeció tus trenzas, tu niñez’. Siempre el lazo inicial, a cada minuto renovado. Tan intensa la unión del amor, que habría de vencer a la muerte. “Nuestras tumbas se darán besos”. Es la virtud del amor, cuando logra alcanzar esta altura: ni siquiera la muerte lo mitiga. Y aquí sigue Carlos amando a Inés.

Darío Jaramillo Agudelo



Ilustración a partir de retrato de Carlos Castro Saavedra
Gabriel Carvajar Pérez, Ca 1945, 6 x 6 cm. Archivo fotográfico BPP

Amor

Un deseo constante de alegría,
una urgencia perenne de lamento
y el corazón, campana sobre el viento,
estrenando badajos de elegía.

Morir mil veces en un solo día
y otras tantas quemar el pensamiento
en la resurrección, que es el tormento
de pensar en la próxima agonía.

Ver en pupilas de mujer un llanto
y sorprenderlo convertido en canto
al soñar en un niño que lo vierte.

Esto es amor: candela estremecida
empujando la noche de la vida
hacia la madrugada de la muerte.

Inés

Inés digo y mi boca se convierte en azúcar
de manzana partida por la luz del verano.
Decir esta palabra es como adivinar
que está cantando un pájaro
[en un árbol lejano.

Inés digo y mi labio se convierte en abierta
flor de pétalos dulces contra la madrugada.
Decir esta palabra es soñar que está muerta
la tarde en el abismo de la noche estrellada.

Inés digo y parece que mi voz se quedara
temblando entre las redes impalpables
[de un beso.
Decir esta palabra es como si lograra
detener en el aire la música de un rezo.

Cuando yo digo Inés olvido los agravios
y de claros panales y canciones me acuerdo.
Decir esta palabra es apretar los labios
para intentar el acto de besar un recuerdo.

Alzar las manos puras para decir Inés
es caer en la sombra de un árbol florecido.

Decir Inés, siquiera por una sola vez,
es sentir en la rama del corazón un nido.